

Judas y el Cireneo

«Que ha guardado su palabra y se ha mantenido fiel a los compromisos que contrajera? Bah! ¡Su cuenta le habrá temido!...» Esta sententecatez se oye muy a menudo siempre, y más ahora, en estos tiempos—va ya año y dos meses—de exacerbación de tontería por que pasamos. Pero es lo que dicen en Inglaterra: lo mejor de un pueblo es que le tenga cuenta ser justo y leal, que sea un interés suyo la justicia.

«Es que si le hubiese tenido cuenta habría alzado a su palabra y quebrantado su compromiso.» Esta suposición arguye ya bellequería, como todo lo que es juzgar de intenciones ajenas y meterse a fingir lo que habría pasado en el caso de que las cosas no hubieran sido como fueron.

Y luego hay aquello que decía Chesterton, gran paradojista—quiere decir el formidable dialéctico—, execrado y temido por los amploños—quiere decir los que no logran producir a sentido propio el mero sentido común de que mentalmente vegetan—, al decir: «Siempre será mejor mantener su palabra, aunque sea por dinero, que faltar por dinero a ella.»

Hay conservadores, es decir, gentes mal pensadas, que cuando se les dice de alguien que no roba, añaden: «Es que no le hace falta; no necesita robar.» Los que así dicen y piensan—o piensan, aunque no lo digan—un poco suelen necesitar robar. «Ergo» la consecuencia es obvia.

Si, sí; estaría muy bien eso del bien por el bien, la justicia por la justicia, el arte por el arte, la ciencia por la ciencia; pero... pero acaso no estuviese tan bien como a primera vista puede parecer. Hay para escanarse de las cosas puras. La razón pura, el conocimiento puro, la experiencia pura, la ciencia pura, la técnica pura... Tanta pureza—o dígase «Reinheit»—es sospechosa. El agua pura o destilada es impotable.

Cuando llevaron a Nuestro Señor Jesucristo a crucificarlo en el Gólgota los admirables soldados romanos que le conducían tomaron a un hombre de Cirene, que venía del campo, por nombre Simón, y le cargaron con la cruz. Es muy probable que le diesen algo por ese servicio. Pero ¿dejaría por ello de ser tal servicio?

«El que quiera entrar en mi reino que tome su cruz y me siga», dijo el Divino Maestro. No dijo que «tome mi cruz», sino la suya. El único que tomó la cruz del Redentor y le ayudó a llevarla fué el Cireneo. ¿Dejo de ser un servicio, aunque lo hiciese porque se le pagaron o le obligaron a ello?

«Y por qué les llamas «admirables» a los soldados romanos que llevaban a Cristo al lugar de su suplicio?», me preguntará algún lector. Dispensa, lector mío; ese calificativo se me ha escapado por contagio con la concepción de la admirabilidad, que ahora cunde como la peste. Les he llamado admirables porque aquellos legionarios obedecían sin discutir ni criticar las órdenes que les dió su jefe, Poncio Pilato. Eran disciplinados. ¡Pues habría estado bueno que por estimar alguno de ellos que no era justo que se crucificase al Cristo se hubiera negado a formar en la escolta que le condujo al Gólgota! ¡Ni aunque

el tal legionario hubiese sido cristiano! Si se hubiera admitido ese principio de libre examen no habría sido posible la majestad del Imperio romano. Ya sabes, pues, lector exigente por qué les llamo admirables a los legionarios que condujeron al Cristo a la cruz y aun a los que le clavaron en ella. Quiero decir admirables como legionarios. Y si al clavarle le clavaron bien en ella fueron también admirables como técnicos de crucifixión por su eficacia.

He aquí una cosa que no sé si algún exégeta, teólogo, místico u otro desocupado cualquiera ha investigado todavía: la técnica de la crucifixión. Porque, según las hoy más corrientes y más acreditadas doctrinas, de ponerse uno a crucificar a otro debe de haberlo bien. Si se propone, por ejemplo, aterrorizar a los demás e infundirles un saludable temor para así dominarlos, debe crucificarle de modo que se vea que sufre mucho, y los otros, por temor a ese sufrimiento, no se metan a predicar doctrinas subversivas del orden establecido. Es decir, del orden, porque el orden no es más que eso: lo establecido. Y todo otro orden que no sea el establecido es desorden.

Es extraño cómo no hay ya un manual del perfecto agarrotador para uso de los verdugos, estos sufridos funcionarios civiles, blanco inocente del farisaico desprecio de los que se oponen a la supresión de la pena de muerte. Pero dejaré para otro día al defensor al verdugo, siguiendo las huellas del genialísimo conde de Maistre, uno de los espíritus más terriblemente lógicos, es decir, paradójicos, que he conocido.

Ya que haya verdugos, pues no nos decidimos a suprimir la pena de muerte, que sean buenos verdugos, verdugos eficaces, bien preparados, que sepan bien su oficio. O, de otro modo, que se fusile a todos los condenados a muerte. Y esto sería lo más derecho y lo más humano, ya que los enemigos de la supresión de la pena capital dan en la incongruente inconsecuencia de no podear al dignísimo funcionario civil encargado de ejecutarla de los prestigios que le corresponden.

Y volviendo a lo del Cireneo, os diré que así como su acción no fué mala porque le obligasen a ella o por ella le pagaran, así creo que no agravó la culpa de Judas el que le dieran treinta dineros por entregar al Señor. Parece que le hubiese entregado de todas maneras, con dinero o sin él, pues lo entregó más por envidia que por codicia. Por envidia, que es por lo que Caín mató a Abel. El Demonio mismo, que inspiró a Judas su traición, no se rebeló contra Dios por dinero. La mala pasión de Judas pareció ser una pasión desinteresada, un rencor gratuito. Lo que hay es que si a la vez de satisfacer su envidia, su rencor, su mezquindad de espíritu, pudo cobrar por ello su propina, no desdeñó ésta.

Para algunos esto agrava la culpa horrenda de Judas. Les parecería más gallardo si el mal apóstol hubiese traicionado a su Señor por pura maldad, por pura envidia, por pura mala sangre. Ya he indicado que esto de la pureza pertenece a la técnica. El arte por el arte, la ciencia por la ciencia, la brutalidad por la brutalidad misma. Por mi parte, no sé bien si esto es eficacia, si es pedantería, si es barbarie o si es, en el fondo, mas que tontería.





Yo me permito creer que en nada nos parecería mejor moralmente, sino, por el contrario, mucho peor, si Judas hubiese entregado a Cristo sin cobrar nada por la entrega. El Demonio, por su parte, no exigió tanta pureza técnica de su esclavo Judas. Y es que al Demonio le importa poco el arte con tal de salirse con la suya.

Y de la técnica de Judas, ¿qué diremos? Es decir, si una vez que es propuesto vender al

Maestro, fuese ello bueno o malo, ¿lo hizo bien o lo hizo mal? Porque ya sabes, lector, que ahora estamos en plena embriaguez de técnica. Y es posible que haya quien, sin entrar en el aspecto ético de la traición de Judas, diga, atendiendo sólo a la técnica, a la eficacia de su acto: «Vaya un tío!» Como se puede admirar a los legionarios de Pilato por su disciplina, sin meterse en el asunto de la crucifixión.

Creo que muchos de mis lectores conocerán aquella alocución que un cierto soberano que se cree tal por la gracia de un Dios—de un Dios pagano que es su ministro en el cielo, por supuesto—dirigía a sus soldados, diciéndoles que si en una huelga revolucionaria les mandaran disparar contra sus padres y hermanos debían hacerlo, pues tal era su deber de fidelidad. ¡Fidelidad! ¡Claro! Queda el problema religioso de si obliga en conciencia un juramento impuesto, si está ligado a cumplir lo jurado aquel a quien se le forzó a jurar. Porque, al fin, los legionarios, los fieles y disciplinados legionarios que cumpliendo las ordenanzas crucificaron a Cristo, eran legionarios de oficio, habían escogido esa honrosa profesión...

Y en cuanto al Cireneo...

Miguel de UNAMUNO

